

tudios clásicos se tenían por terminados, y los jóvenes que querían adquirir otras luces, pasaban á la direccion de otros diversos maestros, exceptuándose la teología que era enseñada en muchos lugares por los Jesuitas.

Se convendrá sin duda, por la esposicion hecha hasta aquí, que el método de enseñar que seguian era excelente, y perfectamente graduado segun el curso de la naturaleza. ¿Se quiere una prueba de hecho que nó tenga réplica? En todo el tiempo que él fué practicado y que existieron tales maestros, salieron de sus escuelas hombres instruidos, que llevaron las ciencias y la literatura al mas alto punto de gloria á que pudiesen subir, y todos han confesado deber á sus lecciones los sucesos obtenidos por ellos. Es cierto que el número de escritores se ha multiplicado, pero es fácil reconocer sus malos estudios; y que los verdaderos doctos y buenos literatos han venido á ser muy raros, y lo serán cada dia mas.

Ninguno se figure por esto, que los jóvenes educados por los Jesuitas hubiesen adquirido luces capaces de dispensarse en seguida de todo trabajo para aumentarlas. No se les habian dado sino los primeros elementos: á ellos tocaba el proseguir la carrera que se les habia abierto. No se aprende en los colegios sino á aprender, si puedo valerme de tal expresion; y esta ventaja es de un precio infinito, porque las mas grandes dificultades están vencidas, y ya no resta sino recoger los abundantes frutos por aquellos que quieren cultivar sus propios talentos. Es necesario vivir en un siglo como el nuestro, pará ver esos charlatanes de educacion abusar de la necia credulidad de los padres, y hacerse pagar pensiones muy crecidas, prometiendole con pomposos anuncios enseñar á sus hijos en pocos años el latin, el ingles, el aleman, el italiano, la historia, la geografia, la historia natural, la fisica, la geometria, la álgebra; ¿y qué se yo que mas? la equitacion, la esgrima, el dibujo, el baile, á tocar instrumentos &c. Se podria preguntar primero á estos desvergonzados enseñadores, si en esa edad habrian estado ellos mismos en el caso de aprender una décima parte de todo esto; ciertamente que nó: ¿pero qué resultaba en todos estos jóvenes salidos de sus manos? que salian verdaderos ignorantes con la cabeza llena de nociones confusas. La mayor parte no sabian mas que repetir algunas palabras, á que no aplicaban ninguna idea reflexa; quedando en consecuencia sus padres totalmente sorprendidos, de que despues de haber gastado tanto dinero en su educacion, fuesen unos mentecatos por el resto de su vida. Así debia suceder.

Los vicios de la educacion moderna demuestran de una manera innegable la necesidad de volver al antiguo método, y

de restablecer por consecuencia á los Jesuitas, que siguiéndolo han procurado tan constantes ventajas. ¿Pero su restablecimiento es fácil? ¿No presenta grandes dificultades? Hé aquí lo que dice un autor, cuyas ideas son además muy justas y espresadas frecuentemente con energia, en una obra intitulada *Consideraciones sobre la Francia*. "En medio del general trastorno de que somos testigos, la falta de educacion fija particularmente la vista de los amigos del orden. Mas de una vez se ha oido decir ser necesario restablecer á los Jesuitas. Yo no examino aquí el mérito de la orden; ¿pero un deseo semejante no supone reflexiones muy profundas? ¿No se diria que San Ignacio está dispuesto y pronto á obsequiar vuestras miras? Si la orden está destruida, cualquier hermano lego de cocina podria acaso restablecerla con el mismo espíritu que la crió; pero todos los soberanos del mundo no lo conseguirian."

Paréceme que las reflexiones de este autor no son en esto muy profundas en sí mismas, ó que no habia conocido á los Jesuitas. Ellos no están en el caso de aquellos religiosos que han degenerado de su regla, y tienen necesidad para ser devueltos á ella de un reformador animado del mismo espíritu del fundador. Los Jesuitas han sido todos destruidos por entero, si así puedo espresarme. Ellos habian conservado los mismos principios y los mismos sentimientos, que San Ignacio habia comunicado á sus primeros discípulos; ellos eran aun lo que habrian sido siempre. Sus leyes entre los que todavia existen, están mejor escritas en sus corazones, que en los libros. No tienen pues, necesidad de hermano cocinero, ni de cualquiera otro para volverles el espíritu de su estado, basta solo decirles; unios, volved á vuestros colegios, recobrad todas vuestras funciones, sobre todo poneos con nuevo ardor á educar la juventud, y esto es cuanto los soberanos puedan decirles, y ó mejor deberian hacer. Aun es tiempo para los que fueron destruidos los últimos, por Clemente XIV. Debe existir un número considerable de ellos en Italia, en Alemania y en Polonia. Confieso que la cosa es mas difícil para Portugal, para España y la Francia: mas déjenlos obrar, dirá algun jansenista obstinado en sus preocupaciones, ó algun impio filósofo, ellos sabrán el modo de propagarse muy pronto. Y yo que soy en esta parte simplemente el eco de todas las personas, esclamaré con ellas: ¡felices tiempos, si se viere pronto el restablecimiento de los Jesuitas! Se podrá muy bien asegurar entónces que la religion, la virtud, la moral, las ciencias recobrarán su antiguo esplendor é imperio.

O vosotros, ministros de los altares, especialmente er-

\*

cargados de guiar las almas, ilustres confesores de la fé; vosotros que habeis preferido abandonar generosamente vuestros bienes, ántes que mancharos con un impio juramento; vosotros, á quienes la persecucion ha elevado sobre vosotros mismos, y que haceis la gloria de la iglesia galicana, si Dios se deja al fin mover por vuestras oraciones y vuestros sufrimientos; si os dexelve al seno de las ovejas confiadas otro tiempo á vuestros cuidados, vosotros las edificareis con vuestras virtudes, vosotros las iluminareis de nuevo con las luces de la fé que se hallan casi estinguidas del todo, vosotros les volvereis el mayor beneficio, la religion, fuente de la paz, de la concordia, de la dulce humanidad, por tan dilatado tiempo apartadas de aquel suelo infeliz; y recibireis la mas gloriosa de todas las recompensas por vuestros trabajos, viendo la conversion sincera de aquellos pueblos, y su empeño en aprovecharse de vuestras persuasivas instrucciones, despues de la larga privacion que de ellas han sufrido.

¡Oh! Lisongeras esperanzas; ¿os realizareis pronto ó tarde para el bien de la Francia? Debe así esperarse de la divina clemencia; pero puedan ellas á lo menos realizarse presto respecto á los Jesuitas de todos los otros estados católicos de la Europa. Los soberanos no tienen que hacer sino solicitar del pontífice una bula para su restablecimiento; y ciertamente no les será rehusada. La corte de Roma debe ser hoy la primera en reconocer la necesidad, y aun la primera en dar ejemplo. La única cosa que desearia se evitase con todo cuidado, seria que se turbase á los Jesuitas en sus funciones de la pública educacion, y sobre todo que se nombrasen comisiones para vigilar su instruccion. Porque es muy probable que en ellas se mezclase algun individuo corrompido por las ideas modernas, sistemáticas y acaso aun filosóficas. Seria embarazarlos en su carrera, desempeñarían mal sus compromisos, y en vez de sacar de ellos todas las ventajas que se deben esperar, se puede estar cierto que de ello resultarian gravísimos inconvenientes. Déjeseles una entera libertad. Tienen superiores que velan atentamente sobre los maestros, y su modo de enseñar. Tienen excelentes libros, y sapientísimos documentos para su direccion. La experiencia de lo pasado debe servir de regla para lo porvenir. Si otras veces se han hallado todos bien con su enseñanza y sus estudios, han sido muy florecientes mientras se ha seguido su método; déjese que lo vuelvan á emprender.

No los condenaré á enredarse en las añejas ideas escolásticas. Se han hecho despues de algunos años varios descubrimientos en las ciencias. Se ha enriquecido la fisica con muchos fenómenos y nuevas experiencias. La historia natu-

ral ha presentado, y todavía presenta diariamente á sus aficionados y curiosos, riquezas infinitas desconocidas á nuestros antepasados. Los Jesuitas deben adquirir estos conocimientos para enseñarlos á sus discípulos. Sobre todo, los exhorto á estudiar el griego, muy descuidado por ellos en cierto tiempo, y hacerlo caminar á igual paso en sus clases, como se practicaba ántes con el latin: deben saber que sin aquel idioma no se puede jamás llegar á ser un verdadero literato. Finalmente, les aconsejo á obligar á todos los jóvenes Jesuitas sin escepcion, á estudiar despues de su curso de filosofia, de nuevo la retórica, bajo un hábil profesor. No crean que este sea un año perdido. No hay otro más provechoso. Entónces es cuando desarrollándose su talento y su imaginacion, estarán en el caso de percibir las verdaderas bellezas de los autores antiguos, de formarse por esos modelos, de adquirir todas las reglas del buen gusto, y de instruirse al mismo tiempo del modo con que deben proceder en la enseñanza, á que están destinados por muchos años, haciéndola la mas provechosa que sea posible á sus discípulos. Esta es la única advertencia que debo hacerles. Me refiero en lo restante, y cualquiera puede hacerlo igualmente, al zelo, aplicacion, y á su excelente espíritu de cuerpo, que los hace zelosos de su gloria y que nada omitan por conseguirla (25).

No ignoro que sus enemigos les han echado muchísimo en cara este espíritu de cuerpo, y que han pretendido que esto puntualmente los hacia peligrosos: pero sé tambien, que eso es lo que ha hecho desesperar mas á sus enemigos y vomitar tantas injurias y calumnias, porque han conocido que los Jesuitas unidos entre sí, serán invencibles y formidables. Si me fuese permitido usar de una comparacion, diria que eran como aquellos hermanos de armas en la antigua caballeria, á quienes los lazos de la mas estrecha amistad imponian el deber de caminar con un paso igual al combate, de atacar y defenderse reciprocamente. Así los Jesuitas, en quienes los vínculos de la religion ennoblecian los de la amistad haciéndolos aun mas insolubles, se sostenian, se animaban, se daban esfuerzo para pulverizar el error, y defender la verdad. Sin mencionar todo lo que era el objeto de su zelo y de sus trabajos, me limitaré á lo que mira á la educacion. ¡No era este espíritu de cuerpo el que los hacia vencer todos los disgustos que trae consigo esta funcion penosa, de la que los antiguos decian como por proverbio, que los dioses hacen de aquel que odian un pedagogo. *Quem dii oderunt, pædagogum fecerunt?* ¡No era este espíritu el que les hacian honoríficos y preciosos los cuidados que se tomaban, el que los excitaba á adquirir todas las luces necesarias para comunicarlás en se-

guida á sus discípulos, y el que les hacia no descuidar medio alguno posible para desempeñar dignamente sus deberes? Si alguna vez han resultado grandes ventajas de un espíritu de cuerpo, puede muy bien asegurarse, que ese era particularmente el que animaba á los Jesuitas.

Hé aquí lo que me parece, que los distinguía y hacia superiores bajo un punto de vista, á los profesores que no estaban unidos entre si con los mismos vínculos. Mi intencion no es, ciertamente querer por esto hacer su crítica, y lo declaro en términos formales. No estoy tan poco versado en la historia literaria, para no saber que ha habido en todos los países, en todas las escuelas, en todas las universidades habilitados profesores, antes y en el tiempo en que existian los Jesuitas, que con sus lecciones han adquirido un justo título á una grande celebridad. Los hay todavia y tributo gustosísimamente homenaje á sus talentos. Pero haciendo á un lado toda especie de prevencion; ¡no debe confesarse, que en igual demérito, personas que viven bajo una ley comun, obligadas por los mas fuertes motivos á desempeñar sus deberes, deben por necesidad aventajar á aquellas, que no tienen otra regla sino su voluntad, y frecuentemente se pierden en los caprichos que les vienen á la cabeza? Los primeros están de continuo vigilados por los superiores ó inspectores de los estudios, que obligan á todos á obedecer á los reglamentos prescritos que corrigen y reducen á aquellos, cuya negligencia daria ocasion á quejas justas y fundadas. Los segundos, usando de su libertad, que conservan enteramente, no escuchan los avisos que puedan dárselos, sino en cuanto se conforman con sus ideas particulares. De aqui necesariamente se sigue, que los discípulos de los unos deben ser vigilados mas de cerca, que sus progresos deben ser mas sensibles, y que su misma conducta debe ser en general mas exacta y mas arreglada; entretanto que los discípulos de los segundos escuchan, si quieren, algunas lecciones fijadas á una cierta hora, y despues dueños de sus acciones, no tienen que responder sino á sí mismos de su conducta, muy frecuentemente reprehensible.

Tal era la grande ventaja que tenían los Jesuitas en la educacion que daban á la juventud. Puede asegurarse, que la economia de los gastos estaba tambien unida á ella. Este objeto es de una grande importancia en los tiempos presentes, en que todos los estados y aun todas las ciudades están abrumadas de deudas que van siempre creciendo. Esto era lo que hacia decir al gran Federico rey de Prusia, el único soberano de su tiempo, cuyas rentas estuviesen en órden, que él preveía que en la estrema pobreza en que se hallaban todos los príncipes católicos, se verian obligados á invadir los bienes

del clero: Esto es cuanto hemos visto suceder, y que sucederá infaliblemente todavia si no sobreviene otro orden de cosas. Los bienes de los Jesuitas fueron todos presa de la avaricia. Restableciéndolos habria sin duda embarazos para volverles una gran parte de esos bienes (\*); pero se ganaria siempre muchísimo sobre las espensas que se hacen actualmente en la pública educacion. Ha sido necesario casi en todas partes triplicar y aun cuatuplicar los emolumentos que han debido asignarse á los profesores que los han reemplazado, lo que era indispensable que sucediese. La mayor parte de tales profesores no viven en comunidad: muchos aun son casados. Necesitan pues, de gruesos estipendios anuales en dinero, para poder mantenerse y ser indemnizados de las tareas que emprenden; y todos estos multiplicados gastos han recaído sobre el público. Los Jesuitas al contrario, acostumbrados á una regla comun, y á un voto de pobreza que les prohibe toda suerte de comodidades y de lujo, vivian con mucha frugalidad. Ellos se contentaban con lo puro necesario, isongeados únicamente de poder hacerse útiles con el mas noble desinterés. En muchos países, sobre todo en Francia, las ciudades no pagaban por cada maestro mas que trescientos francos al año; y si tenían otras entradas, estas provenian ó de la union de algunos beneficios eclesiásticos, ó de alguna fundacion particular. Si se comparan las espensas actuales de la pública educacion con las de otras veces, y con las que serian tan moderadas, si se restableciesen los Jesuitas, se verá que seria aun de mucha ventaja bajo este aspecto el proceder á su restablecimiento.

Creo haber demostrado bastante esta necesidad en todas maneras. Todos están interesados en ella, el clero, los pueblos, los gobiernos: el clero para tener defensores zelosos de sus derechos y legítimos privilegios; los pueblos para ser reducidos dentro de los límites de una justa subordinacion, base fija y puesta por las manos del Ser Supremo, para que sea la fuente de su tranquilidad y de su bien. Pero los que tienen el mayor interés en este restablecimiento, son los gobiernos de toda clase. Ellos no pueden desconocer ya, que su autoridad es manifestamente atacada. Todos se encuentran sobre un volcán, y están amenazados de la mas horrible y espantosa esplosion que jamás haya habido. Luego no se pueden tomar demasiadas precauciones y demasiados medios para evitar los peligros á que se hallan espuestos.

(\*) Para restablecer en México á los Jesuitas, no hay el menor embarazo sobre este punto. Ellos han renunciado espresa y terminantemente sus antiguos bienes.—T.

Si me fuese permitido dirigir la palabra á los soberanos de Europa y á los gobiernos todos, les diria: Unidos, haced un nuevo género de coalicion para restablecer á la COMPANIA DE JESUS. Vosotros encontrareis en ella el apoyo mas pederoso para defender vuestros intereses, sostener vuestros derechos, y restablecer ó mantener el órden en vuestros territorios. Si otras ocasiones ella se ha señalado por sus victorias sobre el error, ella sabrá aun señalarse con las que obtendrá sobre el grande y muy pernicioso del tiempo presente, quiero decir el ateismo y la impiedad. Estos monstruos, salidos de los mas profundos abismos del infierno, se dejan ver atrevidamente, todo lo trastornan, y lo devoran todo en su furia. Son vuestros enemigos, es cierto, terribles por su número, acuerdo y sentimientos detestables de que están animados; pero oponedles hombres todavia mas terribles por los sentimientos de la virtud, cuyos derechos son imprescriptibles, unidos entre sí por los vínculos de la verdad. Ciertamente que despues que su Compañia ya no existe, el mal ha producido raices muy estendidas: pero si no pueden al principio destruirlo enteramente, impedirán á lo menos que haga progresos ulteriores. La generacion actual, aunque pervertida á lo sumo, no resistirá totalmente á sus persuasivas instrucciones: arrancarán cada dia algunas víctimas á sus funestas preocupaciones. Pero sobre todo; ¡cuán dulces y risueñas esperanzas no pueden concebirse con respecto á la generacion siguiente, si os rendis por fin á los deseos de aquellos, que todavia aman de corazon los intereses de la religion, de la pública felicidad y tambien los vuestros?

Los Jesuitas abrirán de nuevo sus escuelas cerradas por una fatalidad tanto tiempo há. Los niños fiados á sus cuidados, serán educados en el amor y en la práctica de las virtudes. Los principios que se les inculcarán, insensiblemente se irán dilatando. Las ciencias, las bellas letras recobrarán su antiguo estado, renacerá un nuevo órden de cosas, y en vez de las escenas de horrores y de estragos, y de todos los delitos reunidos que han deshonorado tanto el fin del siglo XVIII, verá el diez y nueve respetadas las leyes de la religion, de la moral y de la humanidad, habitar de nuevo sobre la tierra, la paz, esta hija del cielo, y la tranquilidad de los pueblos, igualmente que la de todos los gobiernos, reposar sobre bases fijas é inmutables.

FIN.



## NOTAS.



(1). Pág. 1. Cuando los escritores monarquistas para recomendar á los soberanos á los Jesuitas, se valen de las espre siones de que ellos son la salvaguardia de los tronos, velan por la seguridad de los reyes, sostienen esa forma de gobierno, &c. lo hacen con el objeto de desmentir las calumnias de sus adversarios, que inconsecuentes consigo mismos, los acusan ante los monarcas de republicanos, así como en las repúblicas los denuncian como fautores del despotismo, y enemigos de la libertad de los pueblos. No; el espíritu de su instituto no es otro, sino obedecer á las autoridades legítimamente constituidas; así lo han practicado siempre en todos los países donde han residido, y no hay un solo hecho que desmienta este aserto. El día de hoy, si en Alemania pasan de cuarenta los colegios de los Jesuitas y en Londres actualmente levantan una iglesia, tambien existen en varios cantones suizos y son llamados á otros; si el príncipe de Metternich los auxilia y aprecia, O-Connell, libertador y padre de su patria, el mayor tribuno de los tiempos modernos, que ha anatematizado á los tiranos que persiguieron y espulsaron á los Jesuitas en el siglo pasado, colma de elógios á estos sábios y beneméritos religiosos, y aun los honra con su mesa; si residen tranquilamente en varias monarquias europeas, igualmente esa institucion ha sido admitida en los Estados-Unidos y en otras repúblicas de América, sin mengua ni perjuicio de la forma de gobierno republicana, ni de las libertades que tanta sangre ha costado establecer en ellas, como lo ha confesado el gobierno provisional de México en 1843. Creo que esto bastará para evitar malignas interpretaciones.

(2). Pág. 6. No es únicamente la abominable opinion que se ha visto, la que pueda echarse en cara á los perversos jansenistas, á esa hipócrita secta, que bajo la máscara de moral severa, y antigua pureza y rigor de la disciplina de la